



Sagrados Corazones
PROVINCIA DE ESPAÑA

Memorias sobre el Buen Padre I

Recopilación, redacción y traducción de textos: Joaquín Salinas, ssc

Sumario

MEMORIAS SOBRE EL BUEN PADRE I	3
Iª PARTE: SUS ANTEPASADOS.....	3
II PARTE: SUS ANTEPASADOS, SU INFANCIA.....	6
III PARTE: SU INFANCIA, DIGRESIÓN SOBRE SAN A. H. FOURNET.....	8
CONTINUACIÓN - 1.....	11
CONTINUACIÓN - 2.....	16
CONTINUACIÓN - 3.....	21
CONTINUACIÓN - 4.....	24
CONTINUACIÓN - 5.....	30

MEMORIAS SOBRE EL BUEN PADRE I

P. Benoit Perdereau, ss.cc. (1820-1895)
Iniciador del boletín ANNALES SS.CC.

ADVERTENCIA.- Después de que el P. Perdereau se diera su paseo por Montbernage, nos ha dejado escrito este otro documento que hemos tomado de esos mismos Annales. Nos ofrece ahora este nuevo contacto con el entorno de Montbernage desde la figura del P. Coudrin. Esto le da ocasión de dejarnos sobre la mesa la historia breve del Fundador, desde su nacimiento hasta su ordenación sacerdotal el 3 de marzo 1792. Continúa con su posterior heroicidad en las tierras de Montbernage, donde se juega la vida cada día en esos mismos lugares que ya nos ha descrito anteriormente, y hasta entrando en el mismo Poitiers, con lo que eso suponía.

Aquí encontrarán su pasión a lo divino, realizando lo que poco antes en la Motte d' Usseau había dicho al abandonar su refugio: "Yo me había ordenado sacerdote con la intención de dar la vida por los demás, si fuera necesario". Como verán la historia está presentada en tres parte separadas por parecernos que sería más útil para la lectura

.....

Iª PARTE: SUS ANTEPASADOS

Annales 1872-1873 (pg. 90)

Nos solemos esforzar por definir el "espíritu de cuerpo", mostrar sus ventajas y su necesidad. Para ello hay que indicar las fuentes en que se alimenta, cuestión importante que debe ser tratada por separado. Ahora queremos decir, sin más preámbulos, que esta mesa está servida en las enseñanzas de su fundador, donde los religiosos deben buscar los documentos necesarios para conocer bien el espíritu que les debe animar. Este principio, de una evidencia palpable, se probaría adecuadamente con esta simple reflexión: Cada cosa no progresa mas que en cuanto se desarrolla en el sentido de su origen, y que todo fundador de una obra según el corazón de Dios, ha recibido una gracia de estado, para imprimir a esta obra un impulso bien dirigido hacia el fin que se la asignado. Esto basta para afirmar el interés que acompaña a todo lo relacionado con quien ha sido el instrumento del que se ha servido la divina

Providencia para dar vida a esta querida congregación que les ha recibido en su seno.

El Padre José María Coudrin, tan justamente llamado el Buen Padre, no ha dejado, como otros fundadores, muchos escritos. Ha actuado más que ha hablado. Pero si su corazón tan bueno, tan leal, tan generoso, tan atractivo, se desvela de mil maneras, ya sea en sus cartas escritas en el correr de la pluma en medio de numerosas ocupaciones, o en esas conferencias familiares con que traspasaba los afectos de su alma a la de sus hijos, o también en esos detalles de la vida que han consignado con cuidado en preciosos escritos. Todos estos tesoros no deben quedar escondidos. Nuestros Hermanos y nuestras Hermanas tienen derecho a compartir esta rica herencia, y desde hace mucho tiempo claman su legado propio con un ardor que en justicia hay que satisfacer. Nuestros asociados y nuestros amigos nos presionan igualmente para que pongamos al día, para bien general de la Iglesia y la edificación de los fieles, esos bellos ejemplos de una virtud tan enérgica como dulce y modesta, de la que nuestra sociedad moderna (1873) tiene una gran necesidad en estos tiempos de relajado abandono, de fríos egoísmos y de orgullosas pretensiones. Un análisis éste que no rebaja sino tan solo intenta desvelar lo que esconden.

Por tanto, ponemos manos a la obra, y aunque la abundancia de materiales causa alguna dificultad de elección entre las noticias interesantes, no dudamos ni un instante en poner en primer lugar este pequeño comienzo de las *Memoires sur la vie du Bon Père*. Vamos a ser muy breves por esta vez: no es mas que un bosquejo a lápiz; o por decirlo mejor, es un preliminar que tiene como finalidad dar a conocer el origen de nuestro muy amado Padre. Como ya dijimos en nuestro libro de los *Martys de Picpus* (p. 28), Pièrre Coudrin era el segundo hijo de Abraham Coudrin y de Marie Riom, sencillos labradores del Poitou. Era en verdad una familia patriarcal. Podrá juzgarse por los siguientes rasgos.

François Coudrin, antepasado de nuestro fundador, residía en Coussay-les-Bois cerca de Châtellerault. Una mujer del vecindario le había planteado un proceso injusto con la intención de arruinarle. Un día se encontraron a la orilla del riachuelo que debían atravesar en el mismo trasbordador. El débil esquife zozobró y la mujer cayó al agua. De inmediato François Coudrin se arrojó a nado y llegó a salvar a esta desdichada mujer que, muy lejos de mostrarse agradecida, no hizo mas que obstinarse en el odio contra su generoso salvador. Efectivamente como éste aprovechó del peligro que acababa de correr para decidirla a volver sobre sí misma y a que consintiera en un acuerdo más bien que gastarse todos sus bienes en los gastos del pleito: "Poco importa, respondió ella, no estaré satisfecha hasta que os vea mendigar vuestro pan". Ella perdió el proceso; pero por eso mismo llegó a sentirse más furiosa y llevó su maldad hasta sobornar a unos malhechores para maltratar al que la había salvado la vida. El Sr. François Coudrin fue golpeado con tanta crueldad por aquellos miserables, que quedó lisiado para el resto de su vida, de tal modo que ya no pudo caminar más que con muletas. Vivió aún veinte años en ese estado; y como le presionaban a que persiguiera en los tribunales

a aquellos que le habían ultrajado de tal modo, se contentaba con responder: "Tengamos paciencia, amigos míos, en el juicio de Dios reirá mejor el que ría el último". El Señor mismo se encargó de vengar [?] a este humilde y dulce servidor. La desgraciada mujer que rehusó entregarse a la justicia de los hombres, fue golpeada por otra mano. Se la encontró muerta en su lecho sin que ninguna enfermedad hubiera hecho sospechar este trágico fin.

El Sr. François Abraham Coudrin, hijo del que acabamos de hablar y padre de nuestro fundador, era también un fervoroso cristiano. Se le veía a menudo pasar horas seguidas ante el Santísimo Sacramento. A ejemplo de Job que ofrecía todos los días sacrificios por sus hijos por temor de que hubiesen ofendido al Señor (Job.1,5), Abraham Coudrin recitaba cada día los siete salmos penitenciales, para obtener que sus hijos no cometieran jamás un pecado mortal. Todo el tiempo que no ocupaba en los trabajos de los campos, lo empleaba en la oración y las lecturas piadosas. Su caridad era grande. Daba con abundancia. Preveía las necesidades de las familias indigentes y les distribuía trigo secretamente. A pesar del cuidado que ponía en ocultar sus limosnas, su hijo Pedro le sorprendió más de una vez su secreto. Desde la edad de seis o siete años este niño comenzó a ser testigo de las piadosas liberalidades de su padre, y toda su vida conservó el recuerdo de este ejemplo que supo imitar perfectamente.

Durante la primera Revolución el Sr. Abraham Coudrin compartió con su hijo ya sacerdote los honores de la persecución. Lleno de respeto por el carácter sacerdotal de aquel a quien había dado la vida, cesó de tutearle. Uno de nuestros antiguos Padres¹ escribió lo siguiente de este venerable anciano: "He tenido el consuelo de ver a este virtuoso anciano varias veces en Poitiers, desde 1799 hasta 1803; imponía respeto aún más por su humilde piedad que por sus cabellos blancos. Al quedarse ciego en sus últimos años, encontraba su felicidad en poder ir a la iglesia para expansionar su corazón en presencia de Dios. Permanecía horas enteras de rodillas; lo hacía, decía él, para reparar las graves irreverencias que se cometían en el lugar santo. El 25 de abril 1820, a los 88 años, fue a recibir la recompensa que Dios promete a las almas fieles. En su lecho de muerte se encomendó con insistencia a las oraciones de toda nuestra congregación, manifestando continuamente sus deseos por su prosperidad."

La esposa de Abraham Coudrin, Marie Riom era digna émula de su virtudes. Desde que sus hijos comenzaron a llegar a la edad de la razón, los llevaba ante un cuadro de Sainte Anne, ante el que les hacía arrodillarse para recitar el rosario. Nuestro piadoso fundador conservó este recuerdo de su infancia hasta su ancianidad, y un día que predicaba en Coussay-les-Bois durante un retiro a pueblo, citó el rasgo que acabamos de relatar, para comprometer a los padres a que insinuaran pronto en el corazón de sus hijos la piedad a la Virgen María. La Sra. Coudrin murió el 3 de abril 1805 en la paz del Señor. Su hermano François Riom había abrazado el estado eclesiástico. Fue nombrado vicario de Saint-Fèle de Maillé. Veremos cómo supo formar con sus lecciones y sus ejemplos el corazón de su sobrino.

¹ Se refiere al P. Hilarión Lucas

Nota.- Vamos a ver enseguida que el P. Perdereau, autor de este trabajo, no hablará para nada del pueblecito de Cremille, más cercano a Coussay-les-Bois, primer destino como vicario del tío François Riom. Allí es donde comenzó la orientación vocacional sacerdotal de su sobrino que empezó a vivir con él, ayudándole en los trabajos de la iglesia y recibiendo las primeras nociones de latín, en razón del camino que quería seguir. Se conserva una partida de Bautismo en que firma Pièrre Coudrin como padrino. (N.T.)

II PARTE: SUS ANTEPASADOS, SU INFANCIA

Annales 1872-73 (pg. 174)

El sacerdote François Riom, tío materno de nuestro fundador, era en verdad un sacerdote según el corazón de Dios. Se distinguía sobretodo por su paciencia y su dulzura. Su modestia era también extraordinaria. Bien lejos de ambicionar puestos brillantes, se contentó con las funciones de vicario en la parroquia de Saint-Fèle de Maillé *. Algunos personajes influyentes que le habían propuesto un ascenso para apartarle de algunas dificultades que encontraba en su situación, el humilde vicario quiso, antes de aceptar, consultar con el sacerdote Daviau, uno de los Vicarios Generales. Él encargó a su sobrino, Pièrre Coudrin, entonces estudiante en Poitiers, transmitirle la respuesta de este eclesiástico: "Vuestro tío, respondió éste, debe permanecer en el puesto en que la divina Providencia le ha colocado, ya que Dios le ha dado la paciencia necesaria para quedarse ahí". Esta decisión fue un oráculo para el vicario de Saint-Fèle y rehusó el ascenso que se le proponía. La caridad de este buen sacerdote aparece también en la siguiente carta, la única que se encontró después de su muerte: estaba dirigida a su cuñado, Abraham Coudrin, y tenía por finalidad consolarle por la pérdida del proceso que comprometía toda su fortuna: "Un verdadero cristiano, le dice, debe enfrentarse con tranquilidad a todos los acontecimientos de la vida, sabiendo que todo sucede aquí en el mundo bajo la conducción secreta de la divina Providencia, que nos castiga para comprobar nuestra fidelidad. Cuidémonos de no murmurar contra sus órdenes; besemos la mano adorable que nos golpea. Guardémonos del odio contra nuestros adversarios; sería convertir en pérdida nuestra lo que no es más que para nuestra salvación. Consolémonos; supuesto que no pequemos en ello, no hay por qué llorar ni de qué afligirse demasiado. La Providencia no está muerta, mi querido hermano; el brazo del Señor no es corto. Por otro lado, es necesario llevar nuestra cruz con Jesucristo... Cuanto tengo está a vuestro servicio, con mis débiles oraciones... Tengo un poco de dinero, ya que me he visto obligado a prestar. Me lo haré

* En realidad el pueblo se llama Saint Pièrre de Maillé gracias a su parroquia dedicada a San Pedro en la parte alta del pueblo, en la calle, hoy, de Saint André Fournet, fundador de las *Filles de la Croix*. Por la parte baja el río Gartempe divide al pueblo y en este segundo lugar se encuentra la iglesia dedicada a Saint-Fèle, frente a la casa de las *Filles de la Croix*, como una filial de Saint Pièrre.

devolver en parte si es necesario. Sé bien que es poca cosa; pero os lo ofrezco de buen corazón... Os deseo a todos una buena salud: la tristeza es contraria a ella. Vuestra religión os enseña que no se ha de temer y llorar mas que el pecado”.

El sacerdote Riom se empleaba modesta y piadosamente en sus funciones de vicario, cuando estalló la Revolución; esta fue para él una nueva ocasión de mostrar la viveza de su fe. Rehusó con horror el juramento cismático, y se retiró a Coussay-les-Bois, en casa de su cuñado Abraham Coudrin. Habiendo llegado a conocer el lugar de su retiro, los terroristas vinieron en 1793 a apoderarse de él. Sin desconcertarse los dos proscritos atrancaron la puerta de la casa de tal manera que resistió por un tiempo los golpes de los furiosos, que no pudiendo derribarla se vieron obligados a buscar hachas para partirla. En ese intervalo, Abraham y Riom se salvaron en los campos y el sacerdote fue a refugiarse en casa de otro cuñado, que vivía a una media hora de Coussay en un pequeño grupo de casas llamado Bengan o les Baillais. Permaneció allí oculto algunos días, pero pronto fue denunciado, llevado a los tribunales, condenado a la deportación y conducido a los barcos-cárcel en que murió roído por los gusanos, a la edad de 42 años, el 31 de julio 1794. Sus preciosos restos reposan en la isla de Aix, a unas cuatro leguas de Rochefort.

Así era quien el cielo había destinado para ser el preceptor del joven Coudrin y para conducir sus primeros pasos por los senderos de esa virtud viril que sabe llegar hasta el martirio.

Pierre Coudrin nació en Coussay-les-Bois el 1 de marzo 1768, y fue bautizado en la iglesia parroquial dedicada a Notre-Dame y a Saint Martín*. Esta iglesia ha sido destruida en parte durante la revolución; no queda de ella más que el presbiterio que forma ahora la capilla del convento de los Sagrados Corazones. Se cuenta que mientras la señora Coudrin estaba encinta, vio entrar al patio de su casa una pobre mujer cuyo aspecto le inspiró algún temor. “No temáis nada, le dijo la mendicante, el niño que lleváis en el seno será un día la gloria de vuestra familia”.

Desde que los primeros albores de la razón comenzaron a sentirse en el alma del joven Coudrin, sus padres se apresuraron a formar su corazón en la virtud. Estas primeras semillas de piedad cayeron en una tierra preparada por el espíritu de Dios, de modo que no tardaron en producir flores y frutos. . El sacerdote Coudrin contó él mismo más tarde las impresiones que causaban en él, desde su más tierna infancia, los ejemplos de virtud que le daba su piadosa madre. Estos ejemplos, decía, me han impresionado más que todo cuanto he visto y oído después en los diferentes lugares en que la Providencia me ha colocado. El horror que había concebido desde entonces por el pecado era

* Exactamente eran dos iglesias, la de Notre-Dame, que ordinariamente ejercía de parroquia y San Martín que parece fue parte de una abadía. En tiempos del fundador ambas podían ser usadas como parroquias y la prueba es que en realidad el fundador fue bautizado en esta de San Martín, que fue quedándose abandonada y derruyéndose, hasta no quedar en pie más que la parte del presbiterio, junto al que se construyó el convento de las Hermanas que ocupaba lo que fue su antigua nave centra.

tan grande que no recordaba haber cometido, después de la edad de cuatro o cinco años, la menor falta de la que no sintiera de inmediato un gran pena: es la confesión que hizo un día a una religiosa a quien quería excitar a un humilde reconocimiento de los dones de Dios y a la detestación de sus pecados.

Algo que hizo también una feliz impresión en el alma del joven Coudrin, fue el ejemplo de piedad que le dio un día uno de sus tíos. Así contó este suceso a los habitantes de Coussay en un retiro que les dio el año que precedió a su muerte: "Un día que estaba con uno de mis tíos, le vi ponerse de rodillas detrás de la carreta al toque de la campana que anunciaba la elevación [en la Misa]. Él creía que yo no me daba cuenta; porque entonces no tenía mas que cinco años; pero puedo asegurarles que aquello me hizo tal impresión que no he perdido jamás su recuerdo". Y en esa ocasión expresó la pena de ver que esta piadosa costumbre de tocar la campana a la elevación, aún los días de trabajo, se había perdido en su país natal.

Cuando Pièrre cumplió ocho años, sus padres lo confiaron al sacerdote Riom que se encargó de enseñarle los primeros elementos de la lengua latina. La parroquia de Saint-Pièrre de Maillé, tenía entonces como párroco al sacerdote Fournet, fundador de la Congregación de las Hijas de la Cruz, de quien se prepara en estos momentos [1873] el proceso de beatificación **. Fue este venerable sacerdote quien se convirtió en el confesor del joven Coudrin y debió, por tanto, prepararle para su confesión ***. Es suficiente decir con qué devoción este gran acto fue realizado por el futuro fundador de la adoración perpetua del Santísimo Sacramento del altar. Se señala desde esta época un fortalecimiento de la piedad va para joven. Se sentían edificados sobretodo por su porte en la iglesia y su gusto por el canto religioso.

Ya que acabamos de mencionar al venerable sacerdote Fournet, se nos permitirá hacer aquí una digresión sobre las relaciones que tuvo este santo sacerdote con nuestro fundador.

III PARTE: SU INFANCIA, DIGRESIÓN SOBRE SAN A. H. FOURNET

Annales 1873-74 (pg. 298)

Las íntimas relaciones que tuvo nuestro fundador con el abate Fournet nos obligan a publicar una nota que encontramos en nuestros archivos en relación con este santo sacerdote. Esta es en sustancia:

André Hubert Fournet nació el 6 de diciembre 1752 y se dedicó en un principio a la abogacía; pero iluminado por los sabios consejos de uno de sus

** Posteriormente fue canonizado el día 04.06.1933.

*** Superpone los planos al no hablar de Cremille, donde estuvo quizás hasta los doce años, y lugar de su primera comunión, con la preparación por su tío François Riom.

tíos, el arcipreste d'Haims, reconoció que Dios le llamaba al estado eclesiástico y entró en el seminario. Llegado al sacerdocio, fue durante algún tiempo vicario de su tío y en 1782 se convirtió en párroco de Saint-Pierre de Maillé. Le unió desde entonces una estrecha amistad con el sacerdote Riom, el tío materno de nuestro fundador. Se transmitían mutuos influjos para progresar en la piedad. El señor Fournet llegó a ser pronto el modelo de sus compañeros. Predicaba con mucha asiduidad y daba una instrucción sólida a los fieles confiados a sus cuidados. Era tal su amor por los pobres que se privaba hasta de lo necesario para socorrer sus necesidades. Durante la Revolución se vio obligado a exiliarse a España; pero volvió a su parroquia hacia la mitad de 1797. La persecución, que entonces solo estaba bajo las cenizas, no tardó en saltar en llamas; y tan solo a través de mil peligros es como pudo escapar a sus golpes bajo la protección de la Providencia. Después del Concordato de 1801, el señor Fournet siguió siendo párroco de Saint-Pierre de Maillé, y su celo por las almas, entonces tan abandonadas, le hizo emprender las misiones populares en las parroquias del entorno, sin descuidar por eso el rebaño que le estaba especialmente confiado. Al sentir el inmenso vacío que se daba en las filas del clero, nada tenía tanta importancia en su corazón como reparar, en cuanto de él dependiera, estas brechas del santuario. De este modo todo el tiempo que podía sustraer a sus otros trabajos o entregaba al cuidado de los aspirantes al sacerdocio, y a quienes no podía formar él mismo, los hacía educar bajo su vigilancia, hasta que podía colocarlos en alguna escuela eclesiástica; hizo entrar un cierto número de ellos en nuestro colegio de la Grand'Maison. Para proveer a los gastos de su educación, su fuente principal era la extrema frugalidad de su mesa que había reducido a lo más estrictamente indispensable. La divina Providencia había destinado a este buen sacerdote otra obra entonces bien útil a la Iglesia de Francia, la fundación de una Congregación de religiosas conocidas con el nombre de Hijas de la Cruz o hermanas de Saint-André y entregadas en especial a la enseñanza de los niños del campo y a la visita de los enfermos. Tuvo como colaboradora a la Srta. Bichier. Sus piadosas hijas hicieron sus primeros votos, en número de cinco, en 1807; y veinte años después, a la muerte del sacerdote Fournet, su biógrafo contaba ya 424 religiosas de este Instituto, extendidas en veinte diócesis.

En 1820, sintiendo el deseo de dedicarse por entero a los cuidados de esta obra tan importante, el fundador presentó su dimisión como párroco de Maillé, y se retiró a La Puye donde acababa de trasladar su casa principal. Desde allí dirigía toda la Congregación tanto por los ejemplos de su santa vida como por la sabiduría de sus consejos y la solidez de sus enseñanzas. A pesar de su edad avanzada hacía frecuentes viajes para visitar las diversas casas y por todas partes llevaba el olor de Jesucristo, edificando no solo a las religiosas, sino a los eclesiásticos y a los simples fieles en los lugares por donde pasaba. A su paso entregaba a los pobres que encontraba, no solamente sus provisiones de viaje, sino hasta su propia ropa.

En 1833, viendo disminuir sus fuerzas, hizo un retiro hacia Pentecostés en el Seminario de Poitiers para prepararse a la muerte; el mes de agosto siguiente, renovó los mismos ejercicios en este establecimiento con el clero de las

diócesis. El 27 de abril 1834, celebró la santa misa, con mucha pena, por última vez. El 7 de Mayo fue administrado, y a partir de ese día pareció no tener ya conocimiento más que para las cosas de Dios. El 27 salió de su recogimiento para pedir la santa comunión, que recibió con su fervor acostumbrado. Cuando vio llegar a su Salvador se levantó con rapidez a pesar de su extrema debilidad y se descubrió respetuosamente. Conservó toda su presencia de espíritu durante esta ceremonia y la media hora siguiente; después recayó en su inconsciencia; y al día siguiente, a las nueve horas de la mañana, expiró plácidamente, en el momento en que acababan las plegarias de los agonizantes. Enterado de su muerte, el obispo de Poitiers escribió estas palabras: "El cielo acaba de enriquecerse con un nuevo morador y la tierra acaba de perder un modelo de todas las virtudes sacerdotales". El prelado permitió pronunciar solemnemente la oración fúnebre del difunto: honor que ningún sacerdote de la diócesis había recibido desde hacía treinta años. Pero el más bello elogio que se hizo del Sr. Fournet, fueron las palabras de admiración que salieron de todas las bocas, cuando a la muerte de este sacerdote caritativo no se encontraron otros restos de su considerable fortuna que algunos muebles de poco valor.

Así fue el que Dios escogió para dirigir los primeros pasos de Pièrre Coudrin por los senderos de la virtud. Habiendo reconocido en este joven una gran aptitud para las ciencias y una disposición precoz para la piedad, el Sr. Fournet tuvo con él cuidados muy especiales de acuerdo con el sacerdote Riom y el sacerdote Guillon, entonces vicario de Saint-Pièrre de Maillé, que dejó también a su muerte un gran olor de santidad. Más tarde, cuando el sacerdote Coudrin llegó a ser fundador de Orden, como su maestro, éste conservó con su antiguo alumno relaciones de una estrecha amistad. Jamás dejó de dar a nuestro Instituto señales del más sincero interés; cuantas veces venía a Poitiers no dejaba de visitar la casa que sirvió de cuna a la congregación de los Sagrados Corazones.

Nuestro fundador, por su lado, se complacía en ayudar con todas sus posibilidades la obra emprendida por el sacerdote Fournet. Se ha encontrado entre los papeles el boceto de una Súplica dirigida al Papa Pío VIII a favor de las Filles de la Croix, que estaban haciendo instancias al soberano Pontífice para obtener la aprobación de sus Constituciones. Parece que la recomendación de nuestro Padre no fue en ningún caso extraña a la respuesta favorable que recibió el sacerdote Fournet. Es al menos lo que da a entender una carta de agradecimiento que este digno eclesiástico le dirigió el día 12 de octubre 1829. Otra carta, del 20 de noviembre 1833, nos muestra la intimidad perseverante que unía a los dos fundadores. El abbé Fournet recomendaba en ella al Padre Coudrin a un joven, rogándole que lo admitiera en la casa de Poitiers. Este buen anciano tenía entonces más de ochenta años; por sus rasgos se nota que está escrita por una mano temblorosa. Estas son las últimas palabras de esta preciosa epístola: *"Recuerdo siempre los dones de Dios hacia este mártir (abbé Riom). Este buen sacerdote tiene que ver algo en ese*

*océano de predilección, de gracias, de favores con que habéis sido inundado. Gloria al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo”.**

Ojalá esta corta nota pueda ser útil para la beatificación de quien tanto contribuyó a la primera educación de nuestro piadoso fundador. Que al menos sea un testimonio de nuestro vivo interés por una causa que sabemos es tan querida para el digno sucesor de San Hilario.**

CONTINUACIÓN - 1

Annales 1873-74 (pg. 511)

Desde que las primeras lecciones de su tío materno, el Sr. abbé Riom, y del venerable párroco de Saint-Pierre de Maillé pusieron al joven Coudrin en situación de seguir estudios más sólidos, fue enviado por sus padres al colegio de Châtellereault. Ya se podía presagiar desde entonces lo que sería un día. Cuando el tiempo de vacaciones le volvía bajo el techo paterno, en lugar de perder su tiempo en diversiones superfluas, empleaba la mayor parte del día en estudiar y rezar. Por la noche, cuando sus padres descansaban del trabajo de los campos, él llevaba la conversación al terreno de algún tema de piedad y explicaba las verdades santas con tal unción que, según testimonio inocente de su hermana, *aquello valía tanto como un sermón*.

Esta tendencia precoz a la predicación fue atestada además por otro testigo. El Sr. Charles Marrié, pariente lejano de nuestro piadoso fundador, le había conocido desde su infancia; no teniendo él más que 18 años, por su situación de sastre iba a trabajar a casa del sacerdote Riom y podía allí darse cuenta de la modestia, la piedad y la asiduidad del joven alumno. Más tarde lo volvió ver en Coussay. Un día de tantos, se encontraba con él en compañía de algunas personas: el joven Pierre se puso a hablar como la cosa más natural del santo sacrificio de la Misa y del amor de Dios, pero con tanta unción que todos le escuchaban felices. “Nunca jamás, decía le Sr. Marrié, he oído algo tan bello, que me haya impresionado tanto”. Este piadoso pariente se sentía orgulloso al añadir que él había hecho la sotana de su primo convertido en sacerdote. El Sr. Marrié legó a sus hijos estos sentimientos de veneración por nuestro piadoso fundador. Si hijo más pequeño escribía en 1837, desde el seminario de Tours donde estaba de alumno, a un Padre de nuestra Congregación, que su madre y su abuelo le habían hablado desde su más tierna infancia del abbé Coudrin como de un *gran santo*.

Hacia el mes de octubre 1874, el Sr. Abraham Coudrin envió a su hijo a Potiers para acabar allí las humanidades. Como había manifestado siempre una inclinación clara hacia el estado eclesiástico, después de haber acabado su retórica, siguió los cursos públicos de filosofía y de teología. Diversos

* Curiosamente, nos dice la tradición, esta jaculatoria a la Santísima Trinidad no se caía de los labios de Pedro Coudrin en su tiempos de seminarista en Poitiers.

** Se refiere evidentemente al obispo de Poitiers de quien ha hablado antes.

documentos, que se han podido felizmente encontrar después de su muerte, nos proporcionan en este caso concreto algunos detalles que es bueno mencionar.

Fue en el mes de noviembre 1875 cuando Pièrre Coudrin comenzó su curso de filosofía y lo prosiguió hasta julio 1877, con los doctores Bonneau y Bernardeau.. Este último, en un certificado que le entregó, el 5 de julio 1877, atestaba que "su alumno había siempre cumplido sus deberes de escolar con exactitud y fruto; que había sostenido honrosamente sus tesis mensuales y generales y recogido fielmente sus lecciones por escrito; y además, que se había conducido en todo encuentro con sabiduría y piedad". *"Testor insuper praefatum Dominum omnia scholae nostrae munia cum fructu et diligentia obiisse; theses mensuales et generales cum laude propugnasse; scripta fideliter excepisse; seque sapienter gessisse ac pie in omnibus"*.

Al estudio de la filosofía, Pierre Coudrin añadió el de las ciencias profanas, que pueden algunas veces ser de una gran ayuda para la defensa de la religión; lo cumplió tan bien que obtuvo el grado de bachiller è-arts al fin de su primer año escolar, y el de licenciado en la misma facultad, al terminar su filosofía al año siguiente. Es lo que testimonian dos diplomas, de los que uno, fechado el 24 de julio 1876, esta firmado por el Sr. Chollet, deán de la facultad des arts y por otros dos doctores; el segundo esta suscrito por el decano y tres doctores, y lleva la fecha del 21 de junio 1887.

En el mes de noviembre de este mismo año, el joven Coudrin comenzó sus estudios teológicos, que siguió con éxito bajo los doctores Quintard, Brault y Guillemot. El segundo de estos profesores llegó a ser arzobispo de Alby. En un certificado del 22 de julio 1888, los Srs. Quintard y Brault testifican que Pierre Coudrin ha seguido todos los cursos de teología con asiduidad, talento y éxitos: *"Omnia scholae munia diligenter, ingeniose et cum fructu obiisse"*, y que se había conducido con piedad, modestia y sabiduría: *"Seque pie, modeste et sapienter gessisse"*. – Otro certificado, firmado por el Sr. Guillemot, le 22 de julio 1889, va más lejos que el primero, porque atesta que el mismo estudiante ha seguido los cursos con inteligencia y asiduidad señaladas: *"Cum magna ingenii et diligentiae laude"* y que los éxitos han respondido a sus trabajos: *"Uberique cum fructu obiisse"*. Además, se reconoce en él que ha dado constantemente señales ejemplares de sabiduría y de modestia: *"Necnon exemplaria sapientiae et modestiae specimina semper praebuisse"*.

En cuanto a Mons. Brault, siempre conservó un recuerdo particular de su alumno de Coussay. Se ha encontrado entre los papeles de nuestro fundador varias cartas de este prelado llenas de testimonios de estima y de afecto * Por lo demás, las cartas que Pièrre Coudrin escribía a su familia durante los cursos de sus estudios, muestran suficientemente cuáles eran efectivamente sus sentimientos de fe y de piedad. "Os suplico, les decía en una carta del 8

* Mons. Brault, primero obispo de Évreux, después arzobispo de Alby, estaba unido con la familia Coudrin: su hermana había desposado al Sr. Jean Coudrin, hermano mayor de nuestro fundador.

de febrero 1786, que recéis a Dios para que se digne extender sobre mi algunos rayos de su luz bienhechora, sin la que el estudio y los otros trabajos no son mas que como un grano sembrado en medio de piedras que no produce nada". – Los disturbios exaltados en 1788 por la convocatoria de los Estados generales le proporcionaban, hacia finales de este mismo año, las reflexiones siguientes: "Si vemos tantas calamidades, es porque los pecados de los hombres se han multiplicado como los granos de las arenas del mar. Adoremos la voluntad de Dios que ha permitido estas cosas, y sintámonos felices de que nos haya preservado hasta aquí de mayores males". También se ve, por su correspondencia, cuál era la delicadeza de sus sentimientos para con sus padres y cuánto temía ocasionarles demasiados gastos.

En 1789, el Sr. Abraham Coudrin perdió un proceso importante que podía acarrear la ruina de su familia, compuesta entonces de tres hijos y de una hija. Pièrre, el segundo de los hijos, tenía entonces 20 años; su ardiente imaginación y el afecto que tenía por sus padres debieron convertir este triste suceso en algo muy doloroso. Sin embargo, en lugar de mostrarlo en quejas amargas, escribió a su padre, el 23 de abril, una carta llena de resignación y de caridad, de la que damos aquí los pasajes más sobresalientes:

"Oh, padre mío, acabo de enterarme hace un instante de la noticia de nuestra ruina, ¡Ay!, ¿por qué he ignorado esto tanto tiempo? Vuestra ternura por mi quería ahorrarme esta pena. Es el colmo de la desgracia. Pero hay un Dios, fuente de toda consolación; tengamos confianza en él; tranquilizaos. Siento cuánto vamos a sufrir... Pero el cielo, el justo cielo lo quiere: soportemos con paciencia lo que ordena... ¡Ah!, cuán desgraciados sois! Rogad a Dios, rogad a Dios sin cesar. Es el verdadero, el bueno y el único consolador. Suceda lo que suceda, no maldigáis Aunque todo el mundo estuviera contra nosotros, sufrámoslo con paciencia. Perdonemos, padre mío, madre mía, hermanos míos, hermanas mías. Perdonemos, perdonemos. ¡Quién sabe si Dios bueno no nos prepara otros recursos! ¡Oh!, qué bella virtud es la confianza en Jesucristo! Resignémonos a su santa voluntad! Bendigamos la mano que nos golpea... Estemos sumisos a Dios, no le abandonemos: ¡con toda certeza él nos aliviará pronto!... Amemos a Dios, mis queridos padres; amémosle por encima de todo. Él nos socorrerá, estemos seguros de ello, no permitirá que perdamos todo; pero perdonemos a nuestros enemigos"

Nuestro joven estudiante escribía al mismo tiempo a su querido tío, el abbé Riom, para pedirle que consolara a sus padres. "Ved, le decía, la pena que nos aflige; rezad, pues, por todos nosotros. Ya que hemos recibido el golpe, al menos no hagamos la herida incurable. No nos olvidéis; que vuestra amistad nos consuele en nuestra aflicción"

En una carta escrita a su padre, un mes después de la primera, le dice todavía: "Apoyémonos sin cesar en el amor de nuestro Señor Jesucristo. Pongamos del todo en práctica los medios de salvación que nos da... Sí, tenemos penas; pero no olvidemos nunca que sirven para reprimir nuestro orgullo. Por otro lado, ¿no debemos todos seguir a Nuestro Señor Jesucristo y caminar tras el estandarte de su cruz?. Estos son los motivos que nos deben hacer soportar

con alegría estas pérdidas que llaman desgracias. No juzguemos a nuestro prójimo; no hablemos jamás de mala manera; sino que gritemos sin cesar: Yo sé, Señor, que aunque me quitaran, como a vos, hasta mi ropa, no me quitarán jamás las riquezas de mi alma... Perdonenme por hablarles siempre con sermones; pero se es tan feliz estando bien con Dios, que no puedo resistirme a hablar así”.

Añade en una carta del 12 de julio: “Sin duda es penoso trabajar como los pobres para ganarse la vida; pero Dios sabe mejor que nosotros lo que necesitamos. Si aceptamos esta suerte con resignación, como viniendo de Él, encontraremos en ella una gran consolación. Quizás no estemos por siempre en la pena. Adiós, queridos y tiernos padres. Amémonos en Jesucristo. Os abrazo y os deseo que la paz sea con vosotros”

Aún leemos en una carta sin fecha, pero escrita por este mismo tiempo: “Recemos siempre al Señor para que tenga piedad de nosotros y de nuestros enemigos. Poned, pues, toda vuestra confianza en Dios. Es en él, de él y por él por quien viene toda consolación. Que el Señor esté con todos vosotros”. El proceso que acababa de perder la familia Coudrin no tuvo consecuencias tan desastrosas como se podían temer. En el mes de octubre de 1789, el Sr. Abraham Coudrin aún se mantenía en estado de poder pagar la pensión de su hijo en el seminario de Poitiers. Sin embargo éste, para aligerar la carga de sus padres, concursó para obtener una bolsa de cien francos, destinada a los alumnos que lograsen la mejor puntuación en el concurso. Sus esfuerzos fueron coronados por el éxito, como sabemos por las dos cartas que escribió a su padre, el 3 y el 13 de noviembre 1789.

Entró por tanto en el seminario con esos sentimientos de fe, de confianza en Dios, de desprendimiento y de generosa caridad. Hizo desde el principio un sacrificio bastante penoso. Le gustaba mucho la música, sintiendo una suerte de pasión. Y le complacía sobretodo tocar la flauta.; pero comprendió que un aspirante a las órdenes sagradas debía abandonar todo cuanto se resintiera de la futilidad del siglo. Abandonó por tanto este instrumento, pero no sin alguna dificultad; porque como él mismo confesó no podía escuchar el sonido de un instrumento de música sin experimentar una impresión involuntaria de tristeza. Pero lo que compensó en abundancia este ligero sacrificio fue la estima y la amistad de sus profesores, de uno de ellos sobretodo, el abbé Louis Hager, de la Congregación de los Lazaristas, sacerdote distinguido por sus talentos y de una virtud excelente. Este venerable eclesiástico se ganó pronto la palma del martirio. Fue guillotinado en Niort, el 1 de abril 1794, en odio a la religión de la que se había manifestado un valiente defensor.

Las ideas revolucionarias que hicieron tantas víctimas en esta época, comenzó a infestar hasta a los alumnos del santuario en el momento en que Pièrre Coudrin entraba en la Seminario Mayor de Poitiers. Se sabe por una carta que escribió a sus padres, a mediados de diciembre 1789. Entonces se acostumbraba dar la tonsura desde el seminario menor y hacer preceder esta ceremonia con la publicación de las amonestaciones; ahora bien, sucedió que dos alumnos de este último establecimiento, después de hacerse publicar, con

el permiso del superior, fueron excluidos en el examen, sin duda a causa de alguna circunstancia acaecida desde la primera llamada. Estos jóvenes pusieron el grito en el cielo y encontraron eco entre sus discípulos. Declararon que la conducta del superior era injusta a sus ojos, y que si no revocaba la sentencia, se marcharían todos. Evidentemente la autoridad no podía ceder ante semejante conminación. Todos los alumnos fueron despedidos. Temiendo que esta noticia no se desfigurara antes de llegar a su padre, Pièrre Coudrin se apresuró a escribir: "Quizás os digan que el seminario de Poitiers está vacío; pero no es el nuestro: se trata del seminario menor". Después de haberles expuesto cuanto acabamos de decir, añade: "Aquí nosotros estamos muy tranquilos; no podemos hacer otra cosa que alabar a nuestros profesores... Todo marcha bien. Recemos los unos por los otros".

En los primeros días de este mismo año 1789, escribió a sus padres, primero para agradecerles los sacrificios que se imponían por su educación, después para exhortarles a no cesar jamás de ser fervientes cristianos. Se ve por esta misma carta que continúa siendo honrado por las benévolas atenciones de sus superiores. Es lo que aparece mejor aún en las líneas siguientes que escribió a su padre, el 31 de enero 1790. "Hasta la Trinidad, le decía, estaré en la incertidumbre. Es el tiempo de las llamadas a las órdenes. Recemos a Dios para que merezca ser del número de los elegidos. Jamás ha estado tan difícil... Lo que me tranquiliza es que mis superiores me testimonian su amistad. Me la muestran más que a los otros. Quizás la Providencia lo permite así, porque tengo mayor necesidad".

La llamada tuvo lugar antes de lo que preveía nuestro ordenando. El porvenir se ensombrecía; por eso se dieron prisa en abrir la puerta del santuario a los que sentían el coraje de entrar en él. Pierre Coudrin habiéndose alineado del lado de estos valientes, fue advertido de que se preparara a recibir a la vez la tonsura, las órdenes menores y el subdiaconado, el día de sábado santo, que fue el 3 de abril de ese año de 1790.

La alegría que le causó esta noticia fue turbada por un molesto contratiempo. En aquella época se observaban exactamente las prescripciones del Derecho Canónico que exigían un título clerical para la ordenación. El Sr. Abraham llenó este formulario por la constitución de una renta vitalicia a favor de su hijo; pero las personas que le habían planteado el proceso, de las que acabamos de hablar, vinieron de nuevo a oponerse a la formación de ese título. La cuestión fue enviada al Sr. abbé Bruneval que declaró este título suficiente en tanto dieran una caución dos habitantes de Coussay. Esta decisión no fue dada mas que el 1 de abril, es decir, el día anterior a la ordenación.

Se concibe en qué perplejidad debería sentirse hasta el momento el joven Coudrin, y es lo que hace más admirable la carta que escribió a su padre quince días antes: "Mi querido padre, no os inquietéis por mi, aunque se haya presentado oposición a mi título. La Providencia proveerá sobre ello... Créanme, mis queridos amigos, pacifiquemos las cosas, dejémonos que nos opriman... Decid pues con nuestro buen Maestro: Si tienen poder sobre

nosotros es que Dios lo permite. Ya estamos en Pascua, mis queridos padres, ¡ah! perdonemos todo.

“Nuestro Señor, ¿no decía: Perdónales, Padre, porque no saben lo que hacen....? Por nuestra parte guardémonos de condenarnos: resistamos a Satán hasta el fin. Cualquiera sea el mal que nos hagan, muramos en estado de gracia. La Providencia no abandona a los justos”. Con estas bellas disposiciones es como nuestro piadoso seminarista vio llegar el día de su ordenación.

CONTINUACIÓN - 2

Annales 1874-75 (pg. 81)

Uno de los más funestos efectos de la Revolución que conmocionó a Francia a finales del siglo pasado, fue el de cerrar aquellos piadosos asilos en que la juventud clerical se formaba en la piedad y en la ciencia eclesiástica: era agotar el clero en su fuente. Este triste resultado era fácil de prever desde que la Asamblea nacional había invadido los bienes del clero, el 2 de noviembre 1789, y suprimido las órdenes religiosas el 13 de febrero 1790. Ahora bien, fue menos de dos meses después de esta última fecha cuando el joven Coudrin se comprometió con las órdenes sagradas, el 3 de abril 1790. A pesar de la tormenta que aparecía cada vez más amenazadora, pudo acabar su año escolar en el seminario de Poitiers; pero el mes de agosto siguiente debió, como los otros estudiantes, dar el último adiós a este establecimiento. Vuelto a casa de su familia, nuestro ferviente subdiácono no permaneció en ella ocioso. Por haber recibido de sus superiores el permiso de predicar, comenzó a hacer valer el talento que Dios le había concedido para este género de ministerio. El primer sermón que compuso fue sobre el sacrilegio, como si previera los escándalos que pronto iban a dar un gran número de sacerdotes y de religiosos infieles a sus compromisos, así como las profanaciones execrables que cometerían dentro de poco los enemigos de la Religión. Este primer sermón fue predicado por el joven orador en su parroquia natal de Coussay-les-Bois, el 5 de setiembre 1790. En su exordio ofrece a Dios las primicias de su apostolado: “Dios omnipotente, vos que escogéis a los más débiles instrumentos para obrar vuestras maravillas, dignaos bendecir los primeros esfuerzos de mi celo; dignaos fortalecer mis pasos vacilantes al entrar en la carrera que me destináis a recorrer. ¿qué podría hacer en este ministerio, temible sin los socorros de vuestro brazo? ¿Cómo podría anunciar con éxito vuestra celestial palabra, si vos no me ilumináis, si no me fortificáis con vuestra gracia, y sobretodo, si vos no grabáis en mi corazón, si vos no expresáis en mi conducta las verdades que debo enseñar a vuestro pueblo? No permitáis jamás, Dios mío, que me aparte un solo instante de las santas lecciones que ponéis en mi boca.....

“Y vosotros, mis queridos oyentes, vosotros a los que por más de un título puedo llamar hermanos, no por los lazos de la sangre que me unen a algunos de vosotros, sino por las fuentes sagradas en que habéis recibido todos un

nuevo nacimiento en Jesucristo, por la sangre vivificante del Redentor, que se reproduce diariamente sobre este altar, os conjuro para que recéis al Padre de las luces que derrame sobre mi sus dones perfectos para que sea un ministro según su corazón". Bien se puede decir que estas palabras no eran en modo alguno una pura fórmula en la boca de un predicador: expresaban un sentimiento que se fue traduciendo en actos el resto de su vida y formulaban una oración que el cielo escuchó claramente, con abundantes bendiciones. El 17 de octubre siguiente, el abbé Coudrin fue llamado a predicar en la iglesia de Maillé. Repitió este mismo sermón sobre el sacrilegio sin prever sin duda la oportunidad especial del tema. Estaba entonces en esta parroquia una religiosa que había tenido la desgracia de caer en ciertas desviaciones, y Dios, que hace concurrir todo para salvación de sus elegidos, lanzó por la boca del nuevo misionero saetas que fueron derechas al corazón de esta oveja descarriada. Sin embargo la obra del Señor no quedó aún mas que esbozada, y lo mismo que el ciervo alcanzado por el cazador lleva por todas partes donde va la flecha que ha entrado en su cuerpo, así esta alma infiel sentía siempre el aguijón de los remordimientos que le había penetrado. Se ocultó sin embargo bastante tiempo con la huida a las persecuciones amorosas del Salvador; pero al fin Dios dejó oír su voz con más fuerza y triunfó de sus resistencias pertinaces. Esto sucedió en 1794, cuando el abbé Coudrin ya sacerdote había sido probado por el fuego de la persecución. Ella vino a arrojarse a sus pies para hacerle una confesión general y comenzar una vida nueva bajo su dirección. Se ha encontrado entre los papeles del abbé Coudrin un sermón escrito de su mano y que lleva la fecha de 1794. Es verosímil que la total conversión de esta religiosa fuera el fruto de este último discurso que tenía como tema la impenitencia final.

Mientras el abbé Coudrin debutaba así con ardor en la carrera evangélica, la impiedad revolucionaria proseguía el curso de sus crímenes.

El 11 de junio 1790. La Asamblea nacional había proclamado su famosa Declaración de los derechos del hombre y el 14 de julio siguiente celebraba con una fiesta ridícula esta pretendida conquista del espíritu humano. Sin embargo se elaboraba la Constitución civil del Clero por la que los laicos se arrogaban el derecho de sustituir por obispos y sacerdotes de su elección a los que habían recibido una misión legítima. Esta ley tiránica y sacrílega fue sometida a la sanción del rey que tuvo la debilidad de poner en ella su firma el 24 de agosto 1790.

El 27 de noviembre siguiente aparecía un decreto obligando a todos los obispos y a todos los párrocos a jurar fidelidad a esta Constitución cismática, bajo pena de deposición.

Entonces fue cuando la criba de la persecución comenzó a separar la paja del buen grano. El 27 de diciembre, un revolucionario exaltado, Henri Grégoire, párroco de Emberménil, dio la señal de la apostasía prestando desde lo alto de la tribuna el juramento exigido. Su ejemplo arrastró inmediatamente a sesenta de sus compañeros, a los que vinieron a unirse en el seno de la Asamblea treinta y seis eclesiásticos y dos obispos, Talleyrand y Gobel.

El escándalo fue inmenso, pero fue bien reparado al cabo de algunos días después de la sesión del 5 de enero 1792. Cuando se llegó a la llamada nominal de los obispos y de los sacerdotes que habían permanecido fieles, todos declararon que inquebrantablemente se mantendrían unidos a la Iglesia de Jesucristo. Varios de los mismos que habían prestado el juramento por sorpresa, se retractaron generosamente, en el bien entendido que, sobre trescientos eclesiásticos que se sentaban en la Cámara, setenta solamente se adhirieron finalmente a la Constitución civil.

Fue entonces cuando le obispo de Poitiers, Mons. de Saint-Aulaire, dio un gran ejemplo de coraje. Viendo que se iba a terminar la llamada nominal y temiendo perder una tan hermosa ocasión de profesar la fe, avanzó hasta la tribuna e hizo esta declaración:

“Señores, tengo setenta años; he pasado treinta y tres como obispo; no mancharé mis cabellos blancos con el juramento de sus decretos, jamás lo juraré”. Todo el clero fiel aplaudió estas palabras y se puso de parte de este valiente defensor de la fe.

Mientras que su Obispo sostenía tan bien la causa de la religión ante la impiedad triunfante, el joven abbé Coudrin se preparaba a seguir sus huellas. El 18 de diciembre, recibió el diaconado de manos del Obispo de Angers y pocos días después, predicó su segundo sermón en la iglesia de Maillé con ocasión de las cuarenta horas.

Este discurso, que se ha encontrado en los cuadernos del P. Coudrin, tiene por tema los Sufrimientos. Al leerlo es fácil ver que el joven diácono habla en él desde la profunda abundancia de su corazón. Las duras penas que acababa de padecer con ocasión de las desgracias de su familia, ya le habían iniciado en los misterios de la vida crucificada, y por otra parte la cercanía de la tormenta revolucionaria le hacía presentir los aún mayores males que iban a caer sobre la Iglesia y sobre su patria.

En efecto, apenas la Asamblea nacional hubo votado la Constitución civil del clero, el cisma y la persecución comenzaron a desolar la Iglesia de Francia. Los malos ejemplos dados por un cierto número de eclesiásticos instalados en la Cámara arrastró a otros sacerdotes en esta culpable defección. Los que prestaron el juramento de fidelidad a dicha Constitución eran llamados sacerdotes juramentados y el resto de los otros sacerdotes no juramentados. Estos últimos eran incomparablemente los más numerosos * y los que solamente conservaban la estima de los verdaderos fieles.. Sus iglesias eran frecuentadas mientras que las de los apóstatas permanecían desiertas Esta constancia del pueblo cristiano agrupado en torno a sus verdaderos pastores, no hizo mas que irritar el odio antirreligioso de la facción que oprimía a Francia. Desde el año 1794 comenzaron las vejaciones de todo género contra los católicos. De París la persecución se extendió a las

* Parece que fue aproximadamente lo contrario, o sea bastante mayor el número de juramentados, lo que redoblabla justamente la valentía y la fidelidad de los no juramentados (N.T.)

provincias, sobretodo a aquellas de la Vendée y del Poitou, que se distinguieron por su firmeza inquebrantable a la religión.

En su astucia satánica, los tiranos tenían necesidad de golpear a los jefes para mejor dispersar al rebaño. Aunque no era aún más que diácono, el abbé Coudrin tuvo ya el insigne honor de despertar la atención y de merecer el odio de la Revolución. Se vio obligado a dejar su pueblo de Coussay-les-Bois para retirarse a Saint-Hustre en casa del abbé Filatreau que aún no había sido arrojado de su parroquia, aunque había rechazado en juramento cismático. Este digno eclesiástico dio al joven seminarista una paternal hospitalidad que se convirtió en el origen de unos lazos íntimos entre estos dos confesores de la fe.

En una carta que escribió el 11 de enero 1807 al Sr. Filatreau el abbé Coudrin le recordaba estas primeras relaciones que les habían unido entre ellos:

“Amad siempre como un padre a vuestro pequeño hijo de Saint Hustre, que adoptasteis en el momento de su huída de Coussay-les-bois. Debe de haber infaliblemente una atadura muy íntima entre nosotros dos; porque desde aquella época jamás os he olvidado, y sin esforzarme, varias veces al día os tengo presente en la memoria”.

Por su lado, el párroco de Saint-Hustre había sabido apreciar las virtudes del joven diácono. No solamente conservó con mucho cuidado las cartas del P. Coudrin que se han encontrado entre sus papeles; también quiso terminar sus días al lado de él. En 1808, fue a habitar a Picpus donde permaneció hasta su muerte, acaecida en 1813. Fue el Buen Padre quien le asistió en sus últimos momentos. Cuando parecía que el peligro se había disipado, el abbé Coudrin volvió a su casa. Es a esta época de su vida a la que se refiere la anécdota siguiente:

Yendo un día a Maillé entró en casa de un señor cuyo castillo se encontraba sobre su ruta. La hija de este señor, de unos diecinueve años, tocaba entonces sobre el piano la melodía de una canción profana que ella acompañaba con su voz. Sin ningún respeto humano, el abbé Coudrin se aproximó y le dijo: “Señorita, un canto sería muy bello con esa melodía. – No lo sé, señor”, respondió la joven en un tono un tanto áspero. Sin embargo los acontecimientos de la Revolución la hicieron volver sobre sí misma y en 1793, fue a hacer confesión general con aquel cuyo aviso caritativo había sido tan mal recibido.*

Una carta del P. Coudrin fechada el 30 de octubre 1791, nos muestra sus sentimientos a la vista de los progresos de la persecución. Mons. de Boneval, obispo de Senez, acababa de ser arrojado de su diócesis por una sentencia del tribunal de Castellane (?) dada el 17 de septiembre precedente. Su entrega a los deberes de su ministerio era todo su crimen y su piedad filial al jefe de la Iglesia le hizo escoger Roma como lugar de su exilio. Este digno prelado había

*Esta joven era la Srta Viart, que posteriormente ayudó a la Buena Madre en la Asociación del Sagrado Corazón a convertir su herencia en dinero contante y sonante, con el que compró la Grand'Maison, superiora de varias casas de la Congregación y por fin sucedió a la Buena Madre como Superiora General de la Congregación.

él mismo defendido su causa con una firmeza totalmente evangélica. Escribiendo entonces al Sr. Filatreau, el abbé Coudrin le citaba el fin del excelente discurso que el obispo de Senez había pronunciado ante sus jueces, y a continuación decía al párroco de Saint Hustre: "Este rasgo servirá para sostener el coraje de vuestros católicos parroquianos y reanimar su fe en los peligrosos encuentros del tiempo presente". Esta carta estaba firmada: Coudrin diácono de la Iglesia católica.

Esta expresión decía bastante sobre cuánto impacientaba al joven seminarista no poder compartir los trabajos y los peligros de los verdaderos ministros de Jesucristo. Aspirar al sacerdocio en tales circunstancias era como ambicionar el martirio. Solo la gracia podía transmitir este coraje: ella es la que inspiró a nuestro bienamado fundador. Pero la dificultad estaba en poder hacerse ordenar; habiendo sido empujados a buscar un refugio en los países vecinos la mayor parte de los obispos de Francia. Sin descorazonarse, el abbé Coudrin pidió a los Vicarios Generales de Poitiers el permiso de recibir el sacerdocio de manos de cualquier obispo en comunión con la Santa Sede. La administración diocesana accedió con satisfacción a un deseo tan generoso. El abbé Coudrin acababa de recibir esta dimisoria cuando, hacia finales de 1791 o comienzos de 1792, se enteró de que el obispo de Clermont, Mons. François de Bonald, arrojado de su diócesis, permanecía oculto en París. Este lugar parecía poco propicio para su proyecto. Sin embargo no dudó en afrontar el peligro. Se puso en camino y llegó a la capital en el mes de febrero 1792.

La Asamblea nacional, después de haber metido la mano sobre los bienes del clero de Francia, había llevado la injusticia hasta apropiarse del seminario que los obispos de Francia habían fundado en París. Sin embargo los sacerdotes irlandeses aún no habían sido expulsados de su propiedad, estaban confinados en una parte de sus edificios mientras el resto era ocupado por los agentes de la Revolución. Es a estos extranjeros a quienes el obispo de Clermont había ido a pedir un asilo que muchos compatriotas no se habrían atrevido a darle. Habiendo descubierto el lugar de su retiro, el abbé Coudrin fue a presentarle sus cartas credenciales y rogarle que quisiera imponerle las manos. El Prelado admiró el coraje de este joven eclesiástico y consintió de buen grado en ordenarle de sacerdote.

Fue el 3 de marzo cuando tuvo lugar esta ceremonia. Se realizó en la biblioteca del establecimiento, que se encuentra encima de la capilla en que los revolucionarios tenían entonces su club; de este modo se vieron obligados a rezar las oraciones en voz baja para ocultar el descubrimiento de este misterio a los enemigos de la religión* Se concibe fácilmente la impresión que debió causar una escena tan extraña en el alma del ordenando. Se dice que la sintió hasta en sus miembros, y que durante más de un año experimentó un

* Todo cuanto antecede sobre el Seminario de los Irlandeses y los detalles de la ordenación del P. Coudrin es una pura leyenda, apoyada en una frase del P. Hilarión. Cfr. A. Lestra *Le Père Coudrin*, Paris 1952, pgs.83-85, basado en las investigaciones definitivas del P. Patern Roué, ss.cc.

dolor muy vivo en la palma de la mano, en el lugar en que había recibido la unción.

Por el miedo de comprometer a cualquiera, no se quiso dar al nuevo sacerdote una carta de ordenación según las formas en uso. El abbé Coudrin no recibió por el momento mas que una simple atestación sin fecha y expuesta en estos términos: "Certifico que el Sr. Coudrin de la diócesis de Poitiers, es sacerdote, De Floriac, vicario general". Se tuvo sin embargo el cuidado de redactar un acta secreta que se ha encontrado después en los archivos del secretariado de París. El P. Coudrin obtuvo una copia autentica de ella el 8 de de marzo 1808.

CONTINUACIÓN - 3

Annales 1874-75 (pg. 172)

De vuelta a Coussay, el nuevo sacerdote permaneció primero en casa de sus padres, esperando entrar en liza al momento señalado por la divina Providencia. El párroco legítimo estaba aún en su puesto: el abbé Coudrin se puso provisionalmente a su servicio. Desde los primeros días de su llegada le fue tendida una trampa: fingiendo tener dudas sobre su carácter sacerdotal, los revolucionarios le preguntaron qué obispo le había ordenado. "He hecho mi declaraciones al Sr. Párroco, les respondí, y eso ha de serles suficiente. Algún tiempo después el pastor era arrancado a su rebaño y el abbé Coudrin permaneció como único encargado de la parroquia; pero ese estado de cosas no duró mucho tiempo.

En efecto, un domingo, cuando se preparaba a subir al altar, el joven abbé vio llegar al alcalde con una carta en la mano: era la información de un sacerdote intruso del contorno, que anunciaba que esa misma tarde vendría a Coussay para dar allí la bendición con el Santísimo*. Al presentarle esta carta, el alcalde invitaba al abbé Coudrin para que la leyera a los fieles. Éste, sin responder nada, tomó el papel y comenzó la misa; después, cuando el santo sacrificio hubo acabado, se volvió a los asistentes y les dijo que un falso pastor iba a llegar para intentar seducirles [?]; pero que ni él ni su familia participarían en el cisma.

Esta valiente declaración produjo el efecto que se podía esperar: reafirmaba a los fieles, pero también levantó contra el abbé Coudrin el odio de los partidarios de la revolución. Armados de picas y bastones vinieron a cercar la casa paterna, amenazando con romperlo todo si no se lo entregaban en sus manos. Era necesario evadirse rápidamente, so peligro de no poder encontrar ningún refugio. Algunos años después, contando a sus primeros discípulos esta primera aventura, dejó escapar esta afirmación: "Cuando me obligaron a

* En realidad venía del ayuntamiento central de Châtellerault con el anuncio y orden de que todos los habitantes fueran allí el día 15 para votar al nuevo párroco que regiría la parroquia en adelante.

dejar la casa de mi padre, experimenté una gran alegría por encontrarme en un despojo absoluto y por comenzar así a sufrir algo por el nombre de Jesucristo”.

Furiosos por no haber conseguido apoderarse de su víctima, los revolucionarios descargaron su rabia sobre los miembros de su familia: El señor y la señora Coudrin, así como los hermanos y la hermana del abbé, fueron objeto de una verdadera persecución; fueron conducidos ante las autoridades civiles, llenados de injurias y hasta amenazados de muerte; pero nada pudo debilitar su constancia.

El obispo cismático de Poitiers envió a Coussay-les-Bois como párroco a un sacerdote juramentado y al Sr. Abraham Coudrin y su hijo Charles les requisó la autoridad municipal para que fueran a transportar con su carreta los efectos del intruso. Ante su rechazo, los partidarios del cisma fueron a su casa con intención de masacrarles. Felizmente estaban en los campos; advertidos a tiempo por la señora Coudrin, pudieron esconderse en los bosques. Otra vez, mientras su hermano Charles Coudrin estaba en casa, vinieron los perseguidores a disparar los fusiles contra la puerta, que voló en pedazos: un trozo alcanzó a Charles en la pierna. Mucho tiempo después se veían todavía en la casa señales de esta violencia.

Pero lo que hizo llegar al colmo el furor de los cismáticos, fue un acto de coraje heroico digno de los primeros cristianos. Charles Coudrin estaba para casarse cuando estalló la revolución. Dejar este importante acto hasta el fin de la tempestad, hubiera sido exponerse a esperar demasiado; por otro lado su conciencia le impedía recurrir a un ministro intruso, por lo que hizo bendecir su alianza por un sacerdote católico. La cuestión no pudo quedar tan secreta que no viniera a conocimiento de los enemigos de la religión. Lo que agravó la situación, es que otro miembro de la familia, el Sr. Maumin, se hizo culpable a los ojos de la ley del mismo delito, en el momento mismo en que Abraham Coudrin le daba hospitalidad en su casa. Los jóvenes casados se encontraba aún allí cuando se lanzó contra ellos una orden de arresto; pero también esta vez pudieron evadirse a tiempo.

Irritados por esta nueva decepción, los revolucionarios tomaron a Abraham Coudrin, a su mujer, entonces con 71 años, su hija María Coudrin y la abuela de Charles Coudrin de más de 77 años de edad; arrestaron al mismo tiempo a más de otros cincuenta fieles y los condujeron a todos a Châtellereault. Estaban los espíritus de tal modo exaltados que se veía a maridos llevar a sus mujeres hasta el tribunal con la intención de hacerlas decapitar, para vengarse de que ellas no quisieran participar en el cisma. Estas pobres mujeres fueron obligadas a hacer de este modo más de tres leguas a pie sin poder pararse un solo instante. Hay que decir sin embargo en honor de los habitantes de Châtellereault que obligaron a los agentes de la revolución a liberar a sus prisioneros.

Mientras se maltrataba de este modo a los parientes y a los amigos del abbé Coudrin, éste se había ido secretamente a Poitiers con el fin de ponerse a la

disposición del abbé de Bruneval, el administrador legítimo de la diócesis, quien se apresuró a darle los más amplios poderes.

Provisto de estas armas espirituales, el joven soldado de Cristo se disponía a entrar en batalla; sin embargo como era tan prudente como celoso, pensó que no podía exponerse temerariamente al peligro. Era en el mes de mayo 1792. En esta época tomó la persecución en las provincias un nuevo grado de intensidad. Los tiranos habían escrito de París a sus adeptos: Atreveos a todo contra los sacerdotes; seréis apoyados; esta orden fue fielmente ejecutada. El abbé Coudrin buscó por tanto un retiro en que pudiera seguir el curso de los acontecimientos, mientras prestaba su ministerio a los fieles que tuvieran necesidad de ellos

No lejos de Châtellereault, sobre una colina del pueblo de Usseau se encuentra un castillo, llamado la Motte, que pertenecía entonces a la familia Viart. El granjero de este castillo era el Sr. Maumin, el mismo de quien acabamos de hablar. Allí fue donde se retiró el abbé Coudrin. Creyó en un principio que podría estar allí a la vista; pero como la persecución iba siendo cada vez más violenta y como allí había en la casa un número de obreros de los que varios no inspiraban mas que una mediana confianza, tomo la decisión de cambiar de idea. Para ello se marchó en pleno día con el Sr. Maumin después de haberse despedido de todos. Iban ambos a caballo, como si fueran a hacer un largo viaje. Des este modo marcharon al bosque; después volvieron al castillo hacia medianoche.

De retorno al albergue, el abbé Coudrin se escondió en un pequeño granero de estas medidas de aquel tiempo: Tenía de ancho 7 pies y 3 pulgadas al norte y 3 pies con 11 pulgadas al poniente y 16 pies con 8 pulgadas al levante; la altura no era mas que de 4 pies 10 pulgadas; de tal manera que el abbé Coudrin, cuya altura era algo más que mediana, apenas podía ponerse de pie. Debajo de este reducto se encontraba un espacio con retrete que comunicaba por encima con el granero por una trampilla; era ancho de 5 pies con 8 pulgadas al norte y de 4 pies al mediodía, y no tenía de largo mas que 9 pies con 9 pulgadas a poniente y 9 pies con 7 pulgadas a levante. El abbé Coudrin descendía a él algunas veces para pasearse allí.

Nuestro piadoso fundador estuvo así encerrado cinco meses enteros, únicamente ocupado en el estudio y la oración. Su lectura habitual era la historia de la Iglesia. Hacia medianoche, descendía de su granero al pequeño retrete y celebraba la santa misa en presencia del señor y la señora Maumin, sobre una mesa que tenía 2 pies con 2 pulgadas de larga, sobre 1 pie con 5 pulgadas de ancha y 2 pies con 3 pulgadas de alta. Acabado el sacrificio volvía a subir a su escondite, llevando consigo el corporal ante el que le gustaba prosternarse, pensando que contenía quizás algunas preciosas partículas a pesar del cuidado puesto en purificarlo.

Durante el día iban a llevarle la comida con peligro; en consecuencia los alimentos que le daban estaban siempre fríos. Esta privación junto a la falta de aire y de ejercicio, con las tejas al calor todo el día, le habían hecho adelgazar

de tal modo que se quedo con la piel sobre los huesos. Por otro lado su cuerpo había contraído un olor tan infecto que él mismo apenas lo podía soportar.

A pesar de todos esos sufrimientos el abbé Coudrin no experimentó un solo instante de aburrimiento, gozaba de una paz inefable. "Es cierto, decía después a uno de los sacerdotes, Dios regala muchas gracias en esos momentos. No se cometen muchas faltas voluntarias. Las pocas faltas que uno tiene que reprocharse, el amor de Dios las hace desaparecer. Si se escapa alguna un poco más sobresaliente que las otras, uno gime ante Dios, se excita en la contrición y no vuelve a pensar más en ella. No tenía mayor necesidad de confesarme al cabo de ocho meses de la que tengo ahora al cabo de ocho días".

El señor y la señora Maumin eran bien dignos de dar hospitalidad a este venerable sacerdote; porque ellos mismos eran modelos de virtud. Tenían tres hijos, un hijo y dos hijas, que se educaban en el temor de Dios. Sin embargo juzgaron que no debían iniciarles en el secreto. Esta prudente reserva pudo ocasionar una comprometida divulgación. Un día que nuestro solitario había descendido del granero al retrete, los niños que jugaban en la estancia vecina oyeron un ruido en ese pequeño apartado que creían solitario en ese momento. La curiosidad tan natural en su edad, les empujó a mirar por la cerradura de la puerta. Y cuál no fue su sorpresa cuando vieron una suerte de fantasma vestido de blanco. Era porque efectivamente el abbé Coudrin llevaba una vestimenta de dormir de un gris más o menos blanco. La noticia de esta aventura se la llevaron inmediatamente a sus padres. Advertido del peligro el fantasma había subido a su escondite. El señor Maumin hizo entonces entrar a los niños para enseñarles que no había nadie en el retrete. Estos no se convencieron que se hubieran engañado; sino que creyeron haber visto una aparición. A pesar de dejarles en esta persuasión les recomendó que no hablaran de ello con nadie. Tan solo mucho más tarde conocieron la explicación de este enigma.

Uno de los niños, Prosper Maumin, se retiró hacia 1798 cerca del P. Coudrin que le colocó en Poitiers en casa de un farmacéutico muy piadoso. Murió con su familia en 1801. Su hermana, Modesta, murió también muy joven. En cuanto a la otra hermana, llamada Irene, que se casó después con el Sr. Bourdesolle, donó en 1837 a uno de nuestros Padres una pequeña caja en la que el abbé Coudrin conservaba las hostias de celebrar cuando estaba escondido en el castillo.

CONTINUACIÓN - 4

Annales 1874 -75 (pg. 227)

En su oscuro reducto de la Motte d' Usseau, el abbé Coudrin podía meditar bien a gusto sobre la perversidad del corazón humano. En efecto, muy cerca

del granero en que se encontraba recluido, había un gran patio en que trabajaban una treintena de criados. Ante el Sr. Maumin, estas gentes parecían pensar bien y trabajar; pero, cuando estaba ausente, hablaban muy mal de él como de los otros señores a quienes habían servido.

Lo que consolaba a nuestro solitario, era la piedad de su primo Maumin y de su digna esposa, que venían como a hurtadillas para alegrar sus preocupaciones. Por su lado, la Señora Viart y su hija participaban de la veneración de sus granjeros por el joven sacerdote al que daban hospitalidad. Algunas veces durante la noche estas piadosas damas venían a oír la misa del abbé Coudrin; sabiendo cuánto sufría a consecuencia de la privación de aire, de luz y de ejercicio, trataban de aligerar su posición enviándole lo que había de más delicado sobre su mesa; pero por espíritu de mortificación, éste no aceptaba de hecho como alimentación mas que las comidas más ordinarias. Mientras se preparaba de este modo por la penitencia y la oración a los trabajos que le esperaban, los acontecimientos seguían su curso siniestro. El 26 de agosto 1792, la Asamblea legislativa lanzó contra los sacerdotes no juramentados un decreto de deportación que pocos días después convertía la Commune de París en un arresto mortal cuya ejecución quedó confiada al cruel Danton. Doscientos veinte eclesiásticos fueron encerrados en el convento de los carmelitas; el 2 de septiembre se dio la orden de masacrar a estas ilustres víctimas. Se conocen los detalles de esta horrorosa carnicería. Desde la capital la sed de sangre se extendió a las provincias: Versailles, Orleans, Lyon y varias otras ciudades se convirtieron pronto en el teatro de las escenas más feroces. Un gran número de sacerdotes sin embargo lograron evadirse; más de tres mil pasaron a Inglaterra en solo el mes de septiembre. La noticia de estos desastres llegaba al abbé Coudrin por medio del Sr. Maumin; y como estas tristes catástrofes al pasar de boca en boca tomaban aún proporciones más alarmantes, nuestro recluso acabó persuadiéndose de que no quedaba mas que algún que otro sacerdote en el Poitou y hasta en toda Francia. Ante esta perspectiva comenzó a preguntarse si podía en conciencia permanecer por más tiempo oculto. "Cuántas almas, se decía así mismo, están privadas de los socorros de la religión, mientras que yo entierro aquí el talento que Dios me ha confiado".

Cuando daba vueltas cierto día, a estos pensamientos durante su acción de gracias después de la santa misa, le pareció ver agruparse en torno a él una muchedumbre de jóvenes que venían a ofrecerse para reparar las impiedades y los sacrilegios cometidos durante la Revolución y lo mismo para ir a extender lejos la luz del Evangelio. Creyó ver al mismo tiempo una congregación de mujeres unida a la de los hombres y secundando sus trabajos. Además vio una casa que le pareció debería ser la cuna de esta orden naciente.

Al principio no hizo mucho caso a este pensamiento que le parecía una ensoñación. Sin embargo se le fijaba más y más en su espíritu. "Me parecía siempre, decía algunos años más tarde, en 1803, al P. Régis Rouchouze, que veía a varios jóvenes que caminaban siguiéndome".

No habló de esto a nadie hasta 1797. En esa época las señoritas Aymer y de Viart, proponiéndose, como diremos más tarde, comprar en Poitiers una casa situada en la calle de los Hautes-Treilles, para instalarse allí con las primeras adoratrices, rogaron al abbé Coudrin que fuera con ellas a visitar el local. El buen Padre al entrar en ella dejó escapar esta frase: “¡Ah! esto es exactamente lo que vi. – ¿Pues qué es lo que habéis visto?” respondieron rápidamente las señoritas. El abbé Coudrin hubiera querido guardar aún el secreto, pero ya era tarde. Presionado por las preguntas, declaró todo. El P. Hilarión, que nos ha transmitido esta escena, añade que el buen Padre la ha narrado varias veces en su presencia. Sin embargo en el momento en que esta primera iluminación se operaba en el espíritu de nuestro fundador, naturalmente nada hacía presagiar que se realizaría un día; porque aconteció hacia el fin del mes de septiembre 1792, es decir, en una época en que la sangre comenzó a inundar el suelo de Francia.

El señor Maumin que seguía atentamente, como puede comprenderse, la marcha de los acontecimientos políticos, no dejaba de comunicar a su huésped las débiles luces de esperanza que a veces brillaban ante sus ojos. Un día fue a decirle que el Señor de Bouillé llegaba a la cabeza de un ejército y que probablemente restablecería el orden y la tranquilidad. “No se engañe, le respondía el abbé Coudrin, estamos en un cisma y no hay cisma que no haya durado al menos seis años. Éste durará muy bien otro tanto”. Esta suerte de predicción repetida varias veces, llamó la atención del señor Maumin; se acordó de ella más tarde cuando vio terminar el cisma de la Constitución civil del clero de Francia al cabo de diez años por el Concordato de 1801. El abbé Codrin añadió a esta previsión un aviso importante: “Ya lo veis, dijo a su primo, los tiempos son bien malos; nadie sabe qué nos va a pasar; quizás en unos cuantos días me veré obligado a dejaros y entonces os quedareis por mucho tiempo sin poder ver a un sacerdote. Créanme, aprovechen mi presencia para confesarse”.

Esta benévola oferta sorprendió un poco al señor Maumin; dudaba en confesar el secreto de su conciencia a un joven familiar que no había oído confesiones, si no es la de una sola persona, en Poitiers, desde que había recibido sus poderes. Sin embargo su espíritu religioso le hizo triunfar pronto de esta vana aprehensión. Se puso de rodillas a los pies del ministro de Jesucristo y recibió la absolución. Una piadosa joven llamada Ruene siguió su ejemplo.

Después de haber hecho este primer ensayo de su celo, el abbé Coudrin se sintió muy presionado para ir a ejercerlo fuera en mayor escala. Sin embargo los peligros eran tan grandes que se preguntaba todavía si tal empresa no sería temeraria. Todas sus dudas acabaron por fin de la siguiente manera. El 20 de octubre, día de la fiesta de San Caprasio, mártir de Agen, vio en la leyenda de este santo, que estando oculto en una caverna para huir de la persecución de Maximino, se sintió animado por un gran deseo del martirio al conocer el coraje con que una virgen llamada Foi había entregado su vida por el nombre de Jesucristo, y pidió a Dios que, si aceptaba su sacrificio, hiciera brotar un agua limpia del seno de la roca que le protegía. Y que habiéndose

dignado el Señor manifestar su voluntad con este prodigio, Caprasio no dudó ya un solo instante; sino que se lanzó con ardor a la arena sagrada, y consiguió después de un generoso combate, la palma del martirio.

Después de acabar esta lectura, el buen Padre no dudó más en que debía imitar el modelo que tenía ante los ojos. Tomó en ese mismo instante la firme resolución de ir a afrontar todos los peligros para asistir a tantas pobres almas expuestas a perderse faltas de los recursos de la religión.

Salió pues de su granero y se despidió de sus huéspedes, el señor y la señora Maumin. Como esta lloraba expresándole su vivo sentimiento por los peligros que iba a correr: "No temais nada, le dijo, no me sucederá ningún mal: Dios tiene designios sobre mí". La señora Maumin tenía una profunda veneración por este querido pariente; aceptó, pues, con confianza estas palabras que calmaron los dolores de la separación. Cuando estuvo a unos cuantos pasos del castillo, el abbé Coudrin se arrodilló a los pies de una encina e hizo a Dios el sacrificio de su vida, mientras conservaba la firme esperanza de que viviría el suficiente tiempo como para acabar la obra a la que se sentía destinado. Sin embargo, para no tentar a la Providencia, tomó las precauciones necesarias en tiempos tan desgraciados. No viajaba más que de noche, durante el día se mantenía oculto en los bosques y cavernas, semejante a esos patriarcas de los que el mundo no era digno, y que andaban errantes por despoblados, por los montes, por cuevas y oquedades en el suelo (Heb. 11,38).

Aunque se alejaba de su primer escondite, nuestro piadoso fundador conservaba en lo más íntimo de su alma la huella de las gracias y de la misión celeste que acababa de recibir allí. El recuerdo le duró para el resto de su vida. Este retiro misterioso permaneció profundamente grabado en su memoria. Hablaba de ello algunas veces en sus conversaciones familiares, cuando derramaba su corazón en el de sus hijos. Lo recordó también en sus cartas. Escribiendo en 1823 a Françoise de Viart, le decía: "Se han cumplido 30 años, el 20 de octubre*", desde que dejé el granero de la Motte, y es en otro granero donde hoy os escribo: Viva el Sagrado Corazón de Jesús". Tres años más tarde, habiéndole invitado la misma religiosa a visitar la casa de Cahors donde era superiora, ofreciéndole la habitación que había ocupado Mons. el obispo de Perpignan, el buen Padre respondió, el 26 de febrero de 1826: "Gracias a Dios, mi querida hija, no he olvidado que el granero de la Motte me vendría mejor que la habitación de Mons de Perpignan". Fue con el mismo espíritu de pobreza y de agradecimiento como en 1823, viviendo en Troyes en casa del abbé Saget, escogió como su habitación un granero en que

* La carta original lleva añadida posteriormente esta nota: "Hubiera debido de decir 31 años". Ahora el P. Coudrin está en Troyes como Vicario General, al parecer viviendo no en un "granero". La carta original dice al final: "...es hoy donde habito, desde donde os digo V.C.J.S." Quizás quisiera precisamente resaltar la diferencia. En la última edición del Secretariado General en 1998, se añade esta nota: "El B.P. estuvo por dos veces en la Motte d' Usseau. La primera desde Mayo hasta el 20 de Octubre 1792, alojado en el granero de la granja donde tuvo la visión del Instituto. La segunda, más corta, hacia Setiembre 1793, alojado en el castillo. Esta vez se encontraba allí la Srta. Irène de Viart (más tarde Sor Françoise). Se sabe que el buen Padre tomó el nombre de Caprais cuando hizo sus resoluciones, el 20 de Octubre 1800.

apenas podía ponerse de pie y cuyo mobiliario consistía en una cama, dos sillas y una pequeña mesa.

Por lo demás, el recuerdo de los dones del Señor no le hacían olvidar lo que debía a los hombres. Volvió varias veces al castillo de la Motte d' Usseau, no solamente para buscar allí un nuevo refugio contra la persecución sino también para testimoniar su gratitud al señor y la señora Mamain a los que gustaba llamar su padre y su madre. También por carta les expresó estos mismos sentimientos. El 24 de noviembre 1795 escribió al señor Maumain: "Reciba el homenaje de mi corazón" y a la buena señora también: "Toda mi vida seré su afectuoso hijo" Otra carta escrita en 1796 o 1797 nos muestra qué parte tomaba él en sus penas. Hacia el mismo tiempo escribiendo a su hija Irène, la exhortaba a gustar al Señor, con la obediencia de una vida inocente y sin reproche. Muchos años después, escribía a esta misma prima en la muerte de la señora Maumain: "Tengo gran confianza que ha encontrado gracia ante Dios: ha sido tan virtuosa durante toda su vida. Los sentimientos de fe viva, de piedad sólida y de caridad de que estaba animada, no dudamos de que le habrán abierto la puerta del cielo. Consolémonos pues, querida prima, con la esperanza de encontrarla un día con nuestros otros parientes en la Jerusalén celestial. Me siento muy viejo: no puedo vivir por mucho tiempo; pero en el santo sacrificio de la misa no olvido a ninguno de aquellos a quienes debo la conservación de mi vida".

Así eran los sentimientos que el abbé Coudrin llevaba en su corazón al dejar el granero de la Motte d' Ussaeau. Antes de seguirle en sus correrías apostólicas, creemos un deber hacer algunas observaciones sobre la misión providencial que parece haber recibido en este memorable retiro.

El establecimiento de una sociedad religiosa no es en manera alguna una obra de orden natural, los trabajos del hombre no podrían llegar a conseguir en este ámbito algo que pudiese durar; en consecuencia cuando se ve formarse una Congregación en el seno de la Iglesia con la aprobación del vicario de Cristo, cuando se ve mantenerse a este Instituto y propagarse a pesar de las gravísimas dificultades, hay derecho para concluir que el dedo de Dios está allí.

Es verdad que el Señor no manifiesta siempre su voluntad de un modo uniforme. Varios fundadores de órdenes han sido favorecidos con revelaciones cuyo relato nos ha conservado la historia. Se conocen las visiones naturales que recibieron los Pacomio, los Romualdo, los Francisco de Asís, los Ignacio y tantos otros en relación con las órdenes religiosas de las que fueron fundadores.

¿Bajo qué forma se manifestó al Buen Padre el porvenir de nuestra Congregación en su retiro de la Motte d' Usseau? Es una cuestión que ahora vamos a evitar abordar. La circunspección, necesaria en las cosas de este género, nos obliga al silencio sobre ciertos detalles que han llegado a nuestro conocimiento, pero que no creemos deber extraer aún de nuestros archivos. Nos contentaremos con decir de momento que, a pesar del velo colocado por la modestia de nuestro fundador sobre las gracias extraordinarias con que ha

sido favorecido, todo lleva a creer que ha tenido luces totalmente especiales sobre el instituto que debía formar.

Dejando de lado estos diversos testimonios, no citaremos mas que uno solo, que se presenta con un carácter particular de desinterés y de autoridad. Es el de un venerable prelado cuya ciencia y piedad han tenido en estos últimos tiempos un vivo brillo y que tuvo las relaciones más íntimas con el abbé Coudrin al comienzo de su obra. Hablamos de Mons de Beauregard, vicario general de Poitiers, elevado enseguida a la sede episcopal de Orléans. Ahora bien, he aquí lo que escribió al R. P. Hippolyte Launay, el 16 de octubre 1837, algunos meses después de la muerte de nuestro venerado fundador: "Estoy verdaderamente unido a vuestro instituto, y sé el bien que procura a la Iglesia de Dios... He visto también que vuestros hermanos habían recibido la misión de anunciar el Evangelio en las islas del océano Pacífico. Estos acontecimientos han sido para mí tanto más sorprendentes, ya que este buen señor Coudrin me los había hecho conocer. Un día, abriéndome el corazón me dijo elevando los ojos al cielo: *"Veo a esos hijos en su correrías apostólicas en países alejados, ganando las almas a Cristo"*. Estas palabras me las dijo cuando comenzó a ejecutar los grandes designios de su bella alma" En otra carta dirigida al P. Hilarión del 14 de noviembre 1837, el mismo prelado se expresaba así:

"Mis relaciones con vuestro venerable Padre han sido una de las circunstancias de mi vida de las más señaladas... He leído a menudo en su corazón y puedo decir que jamás he conocido otro más recto y más puro. Su fe era grande y el motivo de todas sus acciones era un amor por Dios de una gran generosidad. Una de las cosas que me han llamado más la atención, es la confianza que me hizo un día el Sr. Coudrin, en 1801. Iniciándome en sus deseos para el porvenir, me dijo: "Mis hermanos, mis hijos, irán a salvar las almas. Les veo partir para las misiones, caminar por los países lejanos, en las islas donde harán conocer y amar a Nuestro Señor". Seguramente en esa época nada podía hacer presumir la realización de estas palabras: no estaba entonces junto a él mas que el Sr. David, usted y otro..."

Una atestación tan grave no nos permite dudar que desde los comienzos de la Congregación el Padre Coudrin haya podido comprender que estaba llamado a convertirse en el jefe de una sociedad de misioneros, sin prever en detalle todo el plan de esta institución. Debemos sin embargo añadir que no tardó en saber que esta Congregación estaría compuesta de dos ramas, la de los Hermanos y la de las Hermanas, y que se haría en ella la adoración del Santísimo Sacramento del altar para consolar al Corazón sagrado de Jesús de los enormes crímenes de los pecadores.

Más tarde veremos cómo estos dos pensamientos se fueron desarrollando, tomaron consistencia y se realizaron por fin con las obras que subsisten todavía hoy y parecen llamadas a alcanzar nuevos desarrollos.

Al salir de su retiro de la Motte d' Usseau, el abbé Coudrin poco sabía sobre hacia qué lado debía dirigir sus pasos; porque podía en cualquier instante ser arrestado por los agentes de la revolución. Ahora bien, mientras así caminaba, errante a la aventura por los caminos más solitarios, vio venir hacia él a un gendarme que le miró fijamente y le preguntó por su nombre. El joven abbé comprendió que su aspecto exterior clerical le había traicionado: "Soy sacerdote, respondió, y no he prestado juramento: haga de mi lo que quiera". Conmovero por este acto de valentía, el gendarme llevó a su prisionero a su casa, le ocultó algunos días y le buscó él mismo otro escondite. Esta buena acción no quedó sin recompensa. Obligado más tarde a ir a la guerra, este gendarme vio perecer a casi todo su regimiento, sin recibir él mismo una sola herida. No pudo desconocer el dedo de Dios en esta preservación providencial, y se complacía en decir que se debía al acto de caridad que había realizado con un ministro del Señor. Habiéndole llamado después su servicio a residir algún tiempo en Poitiers, fue a visitar varias veces al P. Coudrin. Algunas veces se lo encontró en las calles yendo a llevar los socorros de la religión bajo una vestimenta engañosa. El buen gendarme se enfadaba entonces contra su joven abbé: le parecía que faltaba a la prudencia y hacía cosas excesivas.

Efectivamente la conducta del abbé Coudrin no se reglamentaba por las reglas de la prudencia humana; sin llegar a exponerse con temeridad al afrontar los peligros sin motivo, tampoco se echaba atrás cuando su ministerio le llamaba en medio de los mayores riesgos. He aquí algunos rasgos de esta vida evangélica.

Un día que iba a pie muy fatigado por los alrededores de Poitiers, un habitante de Migné que seguía el mismo camino, entró en conversación con él, y viendo que su interlocutor avanzaba con dificultades, le invitó a montar sobre el carro que conducía. Por temor a despertar alguna sospecha, el Sr. Coudrin tuvo que aceptar este servicio del que hubiera prescindido a gusto; porque por el momento lo mejor era desconfiar de todos los desconocidos. Precisamente quien acababa de acercarse al joven abbé, era un paisano muy imbuido por los prejuicios de la época. Después de unos instantes de conversación, este hombre miró más atentamente a su compañero de viaje a quien de entrada había tomado por un obrero. Fijándose en la blancura de sus manos, le hizo la observación y le preguntó quién era el señor para quien trabajaba: Se llama Rabbí, respondió el viajero. Era efectivamente el nombre hebreo que el Evangelio da a menudo a Nuestro Señor Jesucristo, para expresar su calidad de maestro o de doctor. Nuestro campesino, cuya ciencia bíblica no parecía muy profunda, reconoció ingenuamente que él no conocía a tal Señor. – Me extraña, replicó el abbé Coudrin; porque en verdad es un buen señor". Con esto se separaron los dos viajeros como buenos amigos.

Otra vez, caminando según su costumbre por caminos secundarios, el abbé Coudrin vio venir hacia él a uno de los antiguos condiscípulos que, después de haberse ordenado sacerdote, había tenido la desgracia de pronunciar el juramento cismático de la Constitución civil del clero. El apóstata iba acompañado por su padre, partisano exaltado como él de la revolución. Mira a Coudrin que viene por ahí, dijo el sacerdote juramentado. – Y bien, tenemos que arrestarle, le respondió su padre. – No, respondió el hijo; ¿qué se va a hacer? déjale; ya es bastante desgraciado: Mira la facha que lleva. En efecto, el señor Coudrin iba con una pobre y desgarrada vestimenta.

Estas correrías apostólicas del abbé Coudrin tenían lugar por los alrededores de Poitiers. Hubiera sido difícil en aquel tiempo entrar en la ciudad; para ello era necesario llevar una especie de pasaporte que se llamaba carta de civismo. Las parroquias de Vaumaray y Saint-Georges, una u otra, ofrecían un asilo al hombre de Dios. No salía ordinariamente mas que por la noche para ejercitar su ministerio. Durante el día permanecía a menudo escondido en los bosques y las cavernas, no teniendo más alimento que un poco de pan y de queso y un vinillo aguado por bebida. Aunque algunos habitantes accedían a darle un abrigo, el buen sacerdote tenía cuidado de no prolongar por mucho tiempo su estancia bajo el techo hospitalario debido al temor de comprometer a estos caritativos cristianos.

Los peligros efectivamente iban siempre creciendo. La Convención había citado a Luis XVI a juicio: se había dictado la prisión de muerte; y el 21 de enero 1793 el infortunado monarca había perdido su cabeza sobre el patíbulo. Su esposa y su hermana iban a sufrir la misma suerte. La Francia revolucionaria, después de haber derribado el trono de sus reyes había profanado sus tumbas. El delirio de la impiedad había llegado a su colmo y la diosa Razón, simbolizada por una innoble criatura de cabaret, se sentaba con descaro sobre el altar del Dios tres veces santo.

Sobreexcitados por este exceso de irreligión y de barbarie, las poblaciones fieles de la Vendée habían ensayado sacudirse el yugo de los tiranos. De ahí esta guerra de gigantes que hizo nacer tantos héroes. Pero Francia debía expiar sus crímenes en un bautismo de sangre. A fines de 1793 comenzó el reino del Terror. En Nantes, Carrier hizo perecer miles de víctimas en la aguas del Loire.: noventa y cuatro sacerdotes fueron ahogados en un solo día, y otros cincuenta y ocho poco tiempo después; mientras quince mil personas perecieron de hambre o de epidemia en las prisiones de los almacenes y al lado de las canteras de Gigaan quinientos condenados eran fusilados regularmente cada día. Los exoratorianos Fouché y Lebón su compañero, imitaban o aún sobrepasaban estas atrocidades, uno en Lyon y el otro en Arras.

Para escapar a estos furores sanguinarios, la mayor parte de los sacerdotes católicos habían tenido que tomar el camino del exilio. Los que permanecieron ocultos, solo con peligro de sus vidas podían llevar los socorros de la religión a los fieles dispersos. Ahora bien, entre estos generosos confesores de la fe, nuestro piadoso fundador ocupó ciertamente uno de los primeros puestos.

Además de las parroquias que hemos citado, evangelizó asiduamente un barrio de Poitiers llamado Montbernage y dependiente de la parroquia de Sainte Radegonde. Hasta entró varias veces en la ciudad a través de mil peligros. Veamos lo que ha escrito recientemente sobre estos sucesos el Sr. de Coursac, en un opúsculo titulado: Le faubourg Montbernage.

“Hay que reconocer que a excepción de las parroquias ocupadas por las tropas reales y católicas del Oeste [la Vendée], ninguna en Francia tuvo más recursos religiosos que la de Sainte Radegonde. Casi todos los sacerdotes que pasaban por Poitiers evangelizaban el barrio de Monbernage; muchos permanecieron allí; varios dejaron un nombre justamente venerado. De este número fue Mons. Soyer (entonces simple sacerdote y posteriormente obispo de Luçon), uno de los primeros que anunció la Palabra de Dios a este pueblo fiel... De este número fue el Sr. Coudrin el fundador de Picpus, que penetró dieciocho meses más tarde en el barrio y fue el héroe durante el Terror. Los dos, nos han contado los más ancianos, apenas se separaban; pero en ausencia del Sr. Pruel (párroco de Sainte Radegonde) considerábamos al Sr. Coudrin como nuestro párroco y yo mismo, añadía Lisette David (que fue durante cuarenta años doméstica del Sr. Pruel) no le daba otro nombre. El Sr. Coudrin fue en Poitiers el defensor más intrépido de la fe y por este título le debemos un recuerdo especial”.

Se pueden leer con gran interés algunos detalles sobre Monbernage, teatro de tan bellas acciones. Es un barrio de Poitiers, situado en el costado que bordea el río Clain. De las casas que están escalonadas sobre esta colina, se comunicaban en otros tiempos por estrechos senderos con el bosque de Pimpaneau que coronaba su cima antes de que fuera trazada una gran carretera. Era por esas salidas secretas por donde los sacerdotes se evadían en el momento del peligro.

La parroquia de Sainte Radegonde a la que pertenece Montbernage, tenía entonces como párroco, como acabamos de ver, a ese venerable Sr. Pruel, cuyo nombre despierta aún en Poitiers el recuerdo de todas las virtudes. A un talento notable unía una bondad exquisita que le ganaba los corazones. No hacía mucho tiempo que gobernaba esta parroquia cuando estalló la Revolución. Previendo los escándalos que se iban a producir, redobló su celo para preservar las almas confiadas a sus cuidados. Pero pronto la persecución llegó arrasando por la fuerza a su querido rebaño.

El domingo de Ramos, en 1791 fue cuando este excelente sacerdote tuvo que abandonar el altar, al pie del que había derramado tantas lágrimas por la salvación de su pueblo. Acababa de cantar la santa misa cuando escuchó el sonido de los pífanos y de los tambores que anunciaban una especie de marcha triunfal: se trataba de un sacerdote apóstata que las autoridades civiles acababan de elegir para la iglesia, en lugar del pastor legítimo. Era necesario irse cuanto antes. El digno párroco, con el alma presa de un vivo dolor se volvió hacia la asamblea, se despidió, dio una última bendición y se alejó de su iglesia para no ser testigo de su profanación. Todos los parroquianos le siguieron muy decididos a defenderle si le atacaban. Pudo sin

embargo permanecer algún tiempo escondido en su querido barrio de Montbernage; pero al fin tuvo que ceder ante la tormenta y partir para un exilio que duró siete años. Hacia la época de su partida fue cuando llegó el Sr. Soyer a quien vino a unirse poco después el abbé Coudrin.

La primera vez que éste dijo la santa misa en Montbernage, los habitantes de este barrio dieron una prueba muy emocionante de la viveza de su fe. En el momento de la elevación los sollozos estallaron en toda la asamblea y se oyó salir de todas las gargantas estas palabras de una sencillez sublime: Ya está aquí, Dios mío!. ¡Ah! tanto tiempo como hacía que no os habíamos visto! Estas piadosas reuniones presentaban un espectáculo de lo más emocionante. Se realizaban durante la noche, y lo más a menudo en una granja cuyo recinto era demasiado estrecho para el gran número de asistentes. Desde la vigilia, el sonido de la trompeta anunciaba, con una señal convenida, el lugar de la reunión. Al canto del gallo piadosas mujeres, llamadas despertador-matutino, iban llamando a las puertas de sus vecinos; después iban a alinearse alrededor del altar en que ocupaban el lugar de honor. A su lado se colocaban las cantoras; seguían a continuación las otras mujeres y después los hombres armados de bastones nudosos para defender a las mujeres y favorecer la evasión del sacerdote si fuera necesario. Los jóvenes más ligeros se escalonaban hasta el Pont Joubert, con el fin de dar la alarma en caso de ronda nocturna por parte de la policía.

Cuando la asamblea estaba al completo se comenzaba por rezar el rosario; después venía en canto de los cánticos que se prolongaba a veces una gran parte de la noche. Se cantaban las estrofas del P. Monfort, o bien las estrofas compuestas por el Sr. Coudrin. Estas últimas estaban especialmente adaptadas a las circunstancias. He aquí una copla con su refrán:

¿Hay que, bajo el hierro asesino,
en este momento curvar nuestras cabezas?
Del cielo adoramos el destino:
él nos prepara un día sereno;
la paz reemplaza las tempestades.

Volar a la patria,
es la suerte más bella,
la más digna de envidia.

Entre la copla y el refrán se hacía una pausa para figurar el momento en que la cabeza de la víctima caía en la cesta del patíbulo. Hacia media noche un ligero movimiento anunciaba la llegada del sacerdote que a menudo no habitaba en el barrio y no podía entrar en él mas que camuflado como mendigo o gendarme. El abbé Soyer adoptaba a gusto el primero de estos uniformes, pero el Sr. Coudrin prefería el segundo, de gendarme. El misionero escuchaba primero las confesiones, después celebraba la misa durante la que volvían a oírse los cantos. Después del santo sacrificio el oficiante dirigía a los fieles algunas palabras de valentía y daba la señal de retirarse. Los centinelas

avanzados se replegaban entonces al centro del barrio, y cada uno iba a su casa en el más perfecto orden.

Por mucho cuidado que se tuviera para estas reuniones secretas, no podían dejar de despertar la atención de los enemigos de la religión. Enviaban a menudo a hacer pesquisas en las en las casas de los sospechosos.

Una noche, varios habitantes del barrio estaban reunidos en la casa de un tal Bernard donde debería decirse la misa. El Sr. Coudrin se disponía a cenar cuando un gendarme entró de improviso. Se puede imaginar el efecto que debió producir esta súbita aparición. Felizmente este gendarme tenía fe; en lugar de cumplir la consigna, tranquilizó al abbé Coudrin y le prometió su protección.

Mantuvo su palabra; porque algunos días después, habiendo sabido que se iba a hacer una visita domiciliaria en una casa en que el Sr. Coudrin estaba escondido, se fue hacia allá al mismo tiempo que los otros sargentos; y aproximándose al dueño le preguntó muy bajo dónde estaba el sacerdote.- En la bodega, le respondió. El gendarme descendió allí rápido, como para hacer un registro. Después subió hasta donde sus compañeros; y metiendo la llave en su bolsillo, dijo: Ahora si hay sacerdote en la casa, no podrá al menos salvarse pasando por la bodega.

Otra vez, el Sr. Coudrin, al llegar de noche a Monbernage, fue visto por un terrorista en el momento en que escalaba el muro de un pequeño jardín. Ya el revolucionario comenzaba a armar ruido, cuando el propietario, que era un buen cristiano, le dio el cambio gritando: ¡Has visto tú, Maillé, cómo ha hecho huir a todas mis gallinas!. Nuestro hombre creyó haber visto a Maillé, un comerciante de cerdos de las cercanías y se quedó tranquilo.

Desde Montbernage, el abbé Coucrin se repartía por todos los alrededores. Un día que iba de Saint-Georges a Châtellerault, como no conocía el camino, quiso tomar como guía un carpintero que le habían dicho ser un hombre de recto pensamiento. Ahora bien, el carpintero estaba ausente cuando el misionero llegó a su casa. Un criado se presentó en su lugar. El abbé Coudrin, tomándole por el dueño, se abandonó a su conducción, y, caminando, le hablaba como lo hubiera hecho con un fiel cristiano; pero no tardó en darse cuenta de su equivocación. Este doméstico era un hombre imbuido de las ideas revolucionarias, que ya iba deliberando consigo mismo si denunciaría a su compañero de viaje, o bien si lo mataría allí mismo. Pero Dios, que velaba por la vida de su servidor, cambió súbitamente el corazón del traidor entre cuyas manos había caído. Este miserable, después de haber confesado al sacerdote su deseo parricida que había concebido para él, no hizo más que indicar la ruta al piadoso viajero.

(Desde aquí sigue el texto en el cuaderno "Memorias B.P. 2")